

LA PROTESTA HUMANA

Periodico anarquista

SUSCRIPCIÓN
Trimestre \$ 1,00
Semestre \$ 2,00
Año \$ 4,00
Pago adelantado

Sale todos los Sábados

Número suelto: DIEZ CENTAVOS

Dirección:
G. LAFARGA
Calle Rivadavia 1784
BUENOS AIRES

LA CRISIS

En boca de todos, obreros y patrones, revolucionarios y conservadores, está esa palabra.

Los obreros sienten demasiado a menudo, durante su triste vida, la crisis: ella significa la miseria de la familia, el hogar apagado, los niños enfermos, y quien sabe si hasta la cárcel.

Los patrones se aprovechan a menudo de la crisis para reducir los salarios, ya demasiado bajos, y para despedir a los obreros que por su digna conducta son un peligro para sus privilegios.

La crisis que casi todos temen, es de tiempo en tiempo un fenómeno involuntario, pero que recae siempre, con sus inevitables sufrimientos, sobre los trabajadores.

La clase burguesa ve disminuir alguna vez los intereses de algunos de sus miembros, y eso es todo. En la clase obrera, la crisis trae la miseria general y ésta la desvastación entera de pueblos.

Una de las causas más frecuentes de la crisis es la superproducción, bien entendido, superproducción con respecto al mercado, no frente a la limitada posibilidad de surtir de productos de los trabajadores. Porque sería ridículo hablar de abundancia de productos, cuando tantos millares de seres humanos carecen hasta de lo más indispensable para la vida. Esto significa que la miseria entre la clase obrera es tal que no puede disminuir el exceso de producción, ó sea la abundancia de productos en el mercado de la especulación.

Lo que más llama la atención, es que la clase capitalista, con crisis ó sin ella, continúa viviendo en óptimas condiciones; más aun, muchos capitalistas con la crisis voluntaria ó involuntaria se enriquecen extraordinariamente.

En Holanda la desocupación es general; esta se repite por tercera vez a partir de 1886. En este periodo de tiempo la riqueza de la clase burguesa aumentaba. El número de millones cobrados por los impuestos obligatorios aumentó en notable proporción. En Rotterdam, de 1896 al 1900 la suma cobrada por impuestos se elevó de 397 millones á 426; en Amsterdam, de 760 millones á 778; en La Haya, de 719 á 787. La crisis con su séquito de miserias y de muertes, como se vé, es útil á los capitalistas.

En Londres hay, según Carlos Booth, 50,000 vagabundos, 300,000 desocupados, 250,000 personas sin ocupación fija y 400,000 obreros con trabajo regular, pero insuficientemente pagado.

Pero consólemonos: la guerra de Africa cuesta algunos millones al día y el coronamiento costará la bagatela de 50 millones.

En Prusia hay actualmente 400,000 obreros sin trabajo; en Dresde sólo, el número es de 10,000. No obstante, Alemania posee 3,146 millonesarios.

En Austria la policía emprende á sablazos á los obreros sin trabajo, pero solamente Rothschild posee once millones de coronas, que al interés de 4% dan un rédito anual de 440 millones.

En París hay actualmente 40,000 obreros sin trabajo, no obstante en París se

derrochan diariamente algunos millones en prostitución y vicios.

¿Y qué diremos de la Argentina aquí calculamos 70 mil, 80 mil, 100 mil obreros sin trabajo, cuantos queramos...

A pesar de esta miseria enorme que pesa sobre la nación en general, pero exclusivamente sobre la clase trabajadora, al á ver si disminuyen las fortunas de los Anchorena, de los Urquiza, de los Roca, de los Pellegrini, etc., etc.

Los obreros sin trabajo deben saber que sin la clase burguesa, cuya riqueza le proporcionan, no sufrirían más la tortura del frío y del hambre. El día en que éstos lo comprendan, esperamos que tendrán bastante energía para terminar con tanta infamia.

PARA EL PUEBLO QUE RIE

Madrid...
Se están preparando grandes fiestas para el sábado 17. Habrá toros, verbenas, cucanas, etc. En el pueblo reina gran animación. Las fiestas prometen estar lucidísimas.
(De un diario cualquiera)

¿Qué pasa en Madrid? ¿ha bajado acaso el precio del pan? ¿dejó de costar de los alquileres? ¿ó es que cada ciudadano está próximo á disfrutar derechos de que antes carecía?—se preguntará á sí mismo algún cándido lector de la prensa diaria—porque, realmente, solo motivos de esa índole pueden provocar en el pueblo un regocijo tan inusitado.

Y el buen lector se equivocará de medio á medio; en Madrid, como en todas partes, cuesta cada vez más el pan y las habitaciones y los vestidos; en Madrid se trabaja y no se come, es decir, no comen aquellos que trabajan (apuntado sea este detalle con la debida relatividad) en Madrid es donde están los cuarteles, esos ergástulos del espíritu; por las calles madrileñas pasean diariamente su estulticia y su maldad los políticos, los curas y los toreros; en Madrid se aspira una atmosfera de cárcel; Madrid, en fin, es una gran piedra para amolar organismos; un foco de infección que atrae, engañando con sus fuegos fatuos, lo más bueno y lo más útil de toda España.

Pero... ¿sabéis? la multitud, esa bestia de mil cabezas, necesita un tirano que la ordeñe, un tirano que extraiga de sus ubres, eternamente pródigas, el jugo vital producido merced á una gestación dolorosa y continua; ahora va á tener uno nuevo y por eso retoza lanzando desde el pesebre relinchos significadores de todo, su placer, de todo su júbilo, de toda su enorme aunque inconsciente alegría.

Claro es que el pueblo no ha nombrado á su ordeñador; no se preocupó de elegir un amo que tuviera más ó menos suavidad que otros. El ejercicio de eso que á mí se me antoja llamar secreción láctea ¿para qué? A él le han dicho: «ese es vuestro dueño; cuando quiera quitaros leche, dadle leche» y el pueblo soberano, el pueblo poderoso, el gran pueblo, pues... se la dará. Tampoco la muchedumbre ha tenido arte ni parte en la disposición de los festejos á que

alude la noticia preinserta; los dispusieron otros y ella se divertirá con ellos de lo lindo. Si en vez de hacerlo bailar á det minada hora en tal ó cual plaza pública, se le antojara á los señores ministros que el pueblo saliera en procesión por las calles tirando de un carro, el pueblo lo haría; su soberanía es así, transigente en fuer de magnánima, como todas las soberanías.

Y ahora, amables lectores, suponeos un hombre fuerte, un hombre culto obligado á formar en la apoteosis de ese zangano que va á regir los destinos de dieciocho millones de personas sin más derecho que el de haber sido engendrado en el vientre de una estúpida por la potencia sexual de un estúpido. Es, como ya he dicho, un hombre fuerte, un hombre culto y lleno de indignación ante el espectáculo de la ignorancia social y se rebela contra ella.

¿Serían capaces de pedir después la cabeza de ese hombre? ¡oh! yo no creo ser malo, en el mal sentido de la palabra, pero ante un hecho tal, batiría palmas lleno de rabiosa alegría.

Ese hombre supuesto, cuya impulsividad tanto puede como no puede producirse, sería víctima de su cultura, así como la muchedumbre que celebra la coronación de su verdugo es víctima de su barbarie.

Y si sabéis que esta, y aquella son términos antagónicos, no debe extrañaros que al encontrarse frente á frente originen hechos violentos, los extrañaría por lo visto, que al chocar dos nubes eléctricamente contrarias, surja el rayo, ese puñal fulmineo que hiende la noche inundándola con un torrente de luz?

¡Ah! Mis mejillas han sangrado mil veces abofeteadas por la miseria; mis hombros han crujido y crujen al peso enorme de la iniquidad social; mis dientes temblaron hambre y frío en infinidad de ocasiones; mis labios se alargan hacia un cáliz ideal donde bulle el néctar delicioso del amor; mis piernas flaquean como negreros á sostenerme en este pantano donde es preciso mancharse con toda suerte de inmundicias, y mis puños, mis viriles puños, se crispan empuñando un arma imposible y blandiéndola sobre una cabeza imposible también donde he antropomorfizado todas las villanías y todas las iniquidades, todas las injusticias y todas las malevolencias que flotan en el ambiente actual como una emanación pestilente de cloaca ó de estercolero.

Sin duda yo, puesto en el caso del hombre á que anteriormente aludí, sería un «impulsivo», arrojaría una injuria ó dispararía un revólver sobre el primero que viese ó sobre todos; los periódicos publicarían detalles horribles de mi vida anterior; Lombroso examinaría mis mandíbulas y yo pasaría á la historia llevando sobre la frente el siguiente infamante irri: *¡Criminal nato!*

Pero no ha actuado sobre mí ninguna de las circunstancias antedichas y en vez de un criminal soy un hombre honrado, casi útil; la humanidad—esa chica humanitaria que me conoce—no sabe que yo soy tan impulsivo como Ravachol, solo que mi impulsividad se orienta en forma distinta á la en que se orientó la de él; él arrojó una bomba en un lugar público; yo empuño la pluma y trazo ó

intento trazar con ella en los cerebros, el surco fecundo donde ha de germinar más tarde la simiente prolífica de un amor grandioso. He ahí toda la diferencia, diferencia que es también sin duda alguna, un producto de causas puramente extrínsecas.

Y para terminar, permitidme que os dirija la palabra, pacientes ilotas de una Lacedemonia con ferrocarriles; antes que nada hay que ser hombres, serenos ó pasionales, impulsivos ó fríos, pero hombres, en suma; tenéis que ser hombres, para levantaros soberbiamente blandiendo la bandera roja y negra, símbolo de un mundo nuevo donde todo trabajo ha de ser útil y toda lucha fructífera; ante vosotros está la enorme lacra social sangrando miserias, chorreando dolores, abrid, pues, los ojos de una vez y vedla.

Y si no podéis curarla friamente, calculadamente, curada á golpes, á mordiscos ó á puntapiés; en cualquiera de estas formas hareis obra de humanos que es lo importante; hareis obra de hombres y no de bestias.

Julio Camba.

CINEMATÓGRAFO SOCIAL

POR PELLICO

VI.

La cinta sexta y última se titula **LA MUERTE DE LA PROLETARIA**. Fijaos bien, porque hay muy poca luz y apenas se distingue la escena.

Es una desventajada pieza; sucias paredes, con negros manchones reveladores de intensa humedad; el mueblaje es una vieja cómoda, sobre la cual se ve una botella, una taza rota, un vaso de vidrio, dos cucharas de metal y un quinqué, que alumbrá débilmente. A un lado de la cómoda, un baúl, y al otro un jergón con dos almohaditas y una manta descolorida. En el centro una mesa y cuatro sillas en mal estado. En un ángulo de la pieza pobre cama de hierro, con aplastado colchón, almohada y frazada deterioradas. En un rincón cacharros, cacerolas y platos en desorden.

Si agozáis los sentidos, observaréis que hay seres humanos en esa habitación y también percibiréis la respiración fatigada de una infeliz mujer, hundida, más bien que acostada en la cama. Sobre el jergón del suelo sentados, una niña de siete años y un niño de cinco; los dos apoyados los codos en sus rodillas y sosteniendo sus cabezas con las manos, dirigiendo la mirada, inmóvil casi, hacia el lecho de su madre, la querida madre que les ha dado el ser y cuidada cariñosamente hasta que incurable enfermedad la ha postrada en cama. Son dos estatuas vivientes.

Es de noche; noche feroz de invierno. Entra en la pieza una anciana, curtidora en las desventajas de la vida, dispuesta siempre al sacrificio, representación viva de la solidaridad humana. Se acerca con quieto paso al lecho de la enferma y la observa.

A poco una extraña convulsión agita el cuerpo de la dolorida, abre desmesuradamente los ojos y esclama con aterradora voz:

—¡Hijos míos! hijos de mis entrañas...

—¿Qué estáis? ¿quiero vobros...

—¡Madre! ¡Madre! gritan los niños y corren á abrazar á su madre.

—Pero ¿qué haceis?—le dice la anciana.

